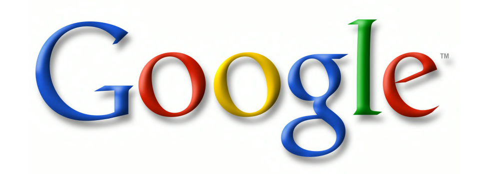




DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DE

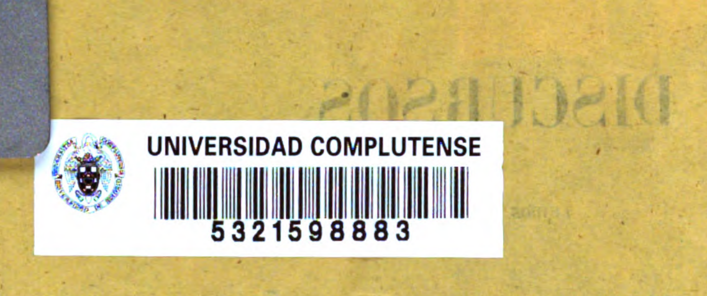
DON CANDIDO NOCEDAL,

el dia 15 de mayo de 1860.

MADRID
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA
calle de la Madera, número 8.
1860.






UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
5321598883



DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DE

DON CÁNDIDO NOCEDAL,

el dia 15 de mayo de 1860.



MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA
calle de la Madera, núm. 8.
1860.

DISCURSO

DE

DON CÁNDIDO NOCEDAL.



Todos vosotros, señores Académicos, habeis dicho en igual trance á este en que me hallo, que no propios merecimientos, sino ajena indulgencia, os facilitaban la honra que al entrar por esas puertas se recibe. Hé aquí que llega á decir hoy lo mismo el primero que con razon lo asegura. Con sinceridad hablábais entonces; pero hija de la modestia, que de la virtud y el buen ingenio es compañera inseparable. Sinceramente hablo yo, mas á impulsos del conocimiento propio y del severo grito de la conciencia. No culpen, pues, á la Academia sus émulos, ni á mí los que bien no me quieran; que á quien empieza por confesar y pregonar su pequeñez, no es generoso, ya que sea justo, echársela en cara.

Más grande es aun el favor de lo que á primera vista parece. Los que pasaron toda su vida dedicados al cultivo de las letras humanas, llegan aquí como á propio asiento, y no hacen sino continuar en union de generosos compañeros las tareas que constituian su incesante ocupacion. No así yo, que vengo de correr más árida tierra y de surcar más revueltos mares. ¡Si supiérais los frutos de amargo sabor que se cosechan en la vida pública! ¡Si conociérais los tormentos que asaltan á cada hora á quien se engolfa en ese piélago de engañadoras sirtes,

y ha de luchar á brazo partido con la ambicion, con la ingratitud y la envidia! Entonces sí que comprenderíais bien mi profundo agradecimiento por haberme abierto las puertas de este asilo, en que el ánimo reposado y sereno se deleita con frutos abundosos y verdaderos goces. Todos ó los mas de vosotros habeis conservado anteriores hábitos al entrar por esas puertas, las cuales son para mí como las de ameno verjel á quien viene de inclementes arenales, como las de abrigado albergue á quien padeció larga noche de nieve y granizo en deshabitada inhospitalaria tierra. Aquí son flores los que allí eran abrojos, perfumada brisa el que antes desatado huracan. Gracias, sí, gracias sinceras os rinde el corazon á quien dispensais tan insigne merced, favor tan inmerecido.

Ni halla en este sitio ménos apacible é ignorado descanso el hombre que se consagra á las tareas del foro. Es deleitoso el estudio del derecho; pero molesto y árido el ejercicio de la abogacía: honrada ocupacion que, á falta de bienes de fortuna, solemos deber á la tierna solicitud de nuestros padres. Mirad ahora cuán grande beneficio de vosotros alcanzo yo, que voy á endulzar con el esparcimiento y alegría de la Academia las fatigas y amarguras de la política y el foro.

¡Y en qué tiempos! En tan críticos y graves, que siendo siempre interesante y patriótico el instituto de la Real Academia Española (*Academia de la lengua* vulgar é instintivamente se la llama por todas partes), hoy sube de punto su trascendental importancia, hoy como nunca le toca desplegar su autoridad y celo, estándole encomendadas la integridad y pureza del idioma, y con ellas la fianza más segura de nuestra independencia. Tienen las naciones épocas de ventura, gloria y poderío, y otras ménos felices de abatimiento y pobreza. En aquellas, es moda estudiar su literatura, investigar y conocer su historia, ensalzar sus hechos y estudiar su lengua. En estas, sucede

á los pueblos lo que á las familias honradas que vienen á menos: en el silencio y abandono de su modesto hogar, ni llaman la atencion de nadie, ni deslumbran los ojos de la multitud, ni sus esfuerzos, merecimientos y virtudes son nunca objeto de admiracion y estudio. Tal hoy nuestra España: no solo no resuena ya por extranjeras naciones su idioma, sino que dentro de la propia casa cede el puesto al extraño, prefiriéndole para penetrar con su auxilio en las ciencias y artes, y aun para divertir los ocios y apacentar el espíritu. Durante los siglos XVI y XVII la Real Academia Española habría sido útil cuando más; en el XIX ha de estimarse providencial y necesaria. Hoy son franceses los tratados de derecho que sirven de texto en las universidades; franceses los libros de medicina y farmacia, los de matemáticas y astronomía con que se estudia en las escuelas; franceses los dramas que se representan en el teatro, las novelas que se repasan al amor de la lumbre en todas las casas; francesas las costumbres de nuestras populosas ciudades; á la francesa comemos, á la francesa vestimos; de Francia vienen los artífices y los artefactos de mayor uso; en francés piensan y á la francesa hablan los repúblicos; en francés se explican los españoles en saraos, tertulias y visitas; ¡hasta en francés rezan algunas de nuestras damas! Pues bien: conservar el idioma es hoy algo más que literaria ocupacion: es defender en su último baluarte la independencia de España, y aquella índole de su carácter que más esencialmente constituye su nacionalidad. Cuando se la reverenciaba y temia como á prepotente y fuerte; cuando sus escuadras surcaban todos los mares, y sus ejércitos todos los ámbitos del mundo, á la sombra de su pabellon, de Oriente á Occidente, resonaba majestuosa su lengua. Hoy, ceñido su poder, y no del todo, á la Península, urge defendernos contra la invasion del habla extranjera. Tocó ayer á nuestros padres

pelear con gloria en defensa del suelo nativo; á nosotros corresponde hoy resistir otra inundacion, no ménos que aquella insidiosa y más temible todavía, porque tiende á borrar nuestra existencia de modo tal, que no alarma á la multitud, ni excita odios, ni inflama el corazon. Empresa de gigantes os está encomendada, Señores; y lo que todo un pueblo hizo en defensa del territorio, eso mismo habeis de hacer vosotros en defensa del habla.

Bien veo que hay gentes que se mofan de la autoridad de la Real Academia Española; pero no es esto para descorazonarse. Todos los mofadores desearian tener en ella asiento, y si llegáseis á penetrar en su morada cuando borrajean cualquier escrito, habiais de verlos registrar vuestro Diccionario para desvanecer dudas y aprender lo que ignoran; todo sin perjuicio de persistir despues en su mala intencion por plazas y corrillos.

Y hoy, en el dia de la batalla, ¿qué honra tan señalada no otorgais al aventurero, que sin blason ni escudo de armas pretende quebrar lanzas, admitiéndole en vuestras filas? Su gratitud no hallará límites. Luchemos unidos, y sea lo vigoroso de la defensa proporcionado á lo violento del ataque.

Cumplida la obligacion de expresar mi agradecimiento, réstame otra. El sitio que entre vosotros voy á ocupar, dejólo vacío la muerte. Compañero vuestro el académico D. José de la Revilla, mejor que yo le conociais, tanto como yo le estimábais; ¿qué he de decir en su elogio que suene á nuevo en vuestros oidos? ¿Qué otra cosa he de hacer sino consagrar aquí un recuerdo á sus merecimientos? Era uno de esos hombres sencillos, modestos, laboriosos y sábios, que estudian y enseñan sin afectacion ni ruido, que emplean la vida en llenar sus obligaciones, sin imaginar que por ello merecen alabanza; uno de esos que tienen aquí su natural asiento, y cuyos servicios no se olvidan jamás.

Voy á ocuparme ahora en el exámen de un asunto íntimamente enlazado con lo que acabo de indicar; permitidme dirigiros algunas observaciones sobre el género literario que se conoce con el nombre de *Novela*.

Es esta, segun vuestro Diccionario de la lengua castellana, «Historia fingida y tejida de los casos que generalmente suceden ó son verisímiles.» Pues si la definicion parece buena, y por tal la tengo, ¿apreciarémos como novelas esos libros conocidos de todos, que narran hacinados en monton hechos inverosímiles, los cuales no solo no suceden comunmente, sino que no hay medio de que sucedan en lo humano? Estos tales libros serán abortos literarios, fenómenos sin nombre; pero novelas, en el recto sentido de la palabra, no lo son de seguro, salvo si se toma, como la usa el vulgo, por falsedades y mentiras manifiestas.

«¿Hay mayor contento, dice el ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha, que ver, como si dijésemos, aquí ahora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo á borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras y lagartos, y otros muchos géneros de animales feroces y espantables, y que del medio del lago sale una voz tristísima que dice: tú, caballero, quien quiera que seas, que el temeroso lago estás mirando, si quieres alcanzar el bien que debajo de estas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho, y arrójate en mitad de su negro y encendido licor; porque si así no lo haces, no serás digno de ver las altas maravillas que en sí encierran y contienen los siete castillos de las siete Fadas que debajo desta negregura yacen? ¿Y que apenas el caballero no ha acabado de oir la voz temerosa, cuando sin entrar más en cuentas consigo, sin ponerse á considerar el peligro á que se pone, y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, enco-

mendándose á Dios y á su señora, se arroja en mitad del bulliente lago, y cuando no se cata ni sabe dónde ha de parar, se halla entre unos floridos campos, con quien los Elíseos no tienen que ver en ninguna cosa?»

Si para gloria de España y admiracion del mundo naciese hoy otro Cervántes, su D. Quijote podria decir: ¿hay mayor contento que ver un hombre encerrado por largos años en estrecha prision, horadando rocas con espinas de peces, hasta dar con un sábio allí tambien recluso, el cual le enseñase todo linaje de ciencias y artes, y le revelase el secreto de un tesoro mayor que todos los hasta ahora vistos, sepultado en una *Ínsula* y del mundo entero desconocido? ¿Y que apenas el sábio falleciese; porque al autor no plugo hacerle inmortal, el mancebo se metiese en el saco mortuorio, y dentro de él cosido y por do quier herméticamente tapado, respire lo mismo que pudiera en mitad de los campos mas deleitables y amenos, y sea conducido por los ámbitos del castillo hasta que den con su cuerpo en las aguas del mar? ¿Qué es verle sacar de no sé qué escondrijo un cuchillo de nueva invencion, que bonitamente habia metido consigo el susodicho preso, y romper el saco, y darse á nadar por las encrespadas ondas en medio de la oscuridad de la noche, y nadando, nadando, guarecerse en un barco de sospechosa catadura, y en él navegar con próspero suceso hasta la *Ínsula* consabida, depositaria del enorme tesoro? ¿Qué, ver convertido al pobre diablo en opulento magnate, creando caballos de nueva raza, con pieles de nunca vistas colores, corriendo de reino en reino con mayor presteza que si el vapor le empujara, haciendo por todas partes las veces de la Providencia? Hasta que, cansado de recorrer tierras, y no hallando mujer alguna en las familias altas ó bajas, ricas ó pobres, nobles ó pecheras que por el mundo se usan, fuese menester ayuntarle, no sé si en matrimonio ó de otra

suerte, con alguna dolorida princesa nacida en Trebisonda, esclava del gran Turco, y dispuesta á sepultarse con el aventurero poderoso en los antros de aquella *Ínsula* admirable?

Si este nuevo D. Quijote se entretuviera en sabrosa plática con algun rancio canónigo poco dado á creer semejantes aventuras, bien puede que hallara nueva ocasion de decir, como ya dijo otro de su misma ropa al inmortal D. Quijote verdadero: «Puesto que el principal intento de semejantes libros sea el deleitar; no sé yo cómo puedan conseguirle, yendo llenos de tantos y tan desaforados disparates; que el deleite que en el alma se concibe, ha de ser de la hermosura y concordancia que ve ó contempla en las cosas que la vista ó la imaginacion le ponen delante, y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura, no nos puede causar contento alguno.»[1]

Estímase en efecto la verosimilitud como la primera condicion que ha de tener la novela, semejante en esto á todas las obras de ingenio, y más principalmente á las dramáticas. Sin ella no hay deleite, si en el deleite consiste el exclusivo objeto de su lectura; sin ella no hay leccion, si el autor, como debe hacerlo, tira al blanco de enseñar alguna máxima precisa ó útil para la vida. Porque ¿cómo ha de ofrecer ejemplo lo que no es posible ó probable que suceda? ¿Cómo ha de parecer temible para la vida real, lo que en el mundo verdadero no cabe? Ni los escarmientos aterran, ni las prosperidades sirven de estímulo, cuando recaen sobre hazañas imposibles ó sobre fábulas compuestas fuera de todo razonable discurso. Píntese al hombre avasallado por feroces pasiones, extraviado por los aparentes prismas del vicio, conducido de error en error, de crímen en crímen, hasta caer en una bien ponderada desgracia, y el lector vicioso hallará posible, cuando no probable, llegar á semejante paradero si no se aparta de la errada senda que sigue. Retrátese la virtud serena, con el

alegre semblante que lleva siempre quien está en paz con su propia conciencia; píntese la santa y valerosa resignacion del bueno en las horas de tribulacion y amargura, y con ello el atento y advertido echará de ver la senda de la sola y única posible felicidad. Pero si rompe todo freno la fantasía borrajeando quiméricas aventuras, mal pergeñados incidentes, y conduce á los personajes de la novela por trances ajenos á toda verdad y verosimilitud, el lector discurrirá lógicamente concluyendo que nada de aquello le puede suceder á él, porque aquello no le puede acontecer á nadie.

Hé aquí á mi juicio el principal mérito que resplandece en las obras del insigne novelista W. Scott. Las figuras, así de hombres como de mujeres, que presenta en sus fábulas, son iguales por regla general á las que tratamos en el mundo: los niños proceden como niños, los ancianos como ancianos, como irreflexivos y briosos los que están en la fuerza de la juvenil edad. No se preparan y complican ni se desenlazan los acontecimientos por otras causas y resortes distintos de los comunes en la vida; los cuales, agrupándose y sucediéndose con naturalidad por feliz artificio del autor como vulgarmente se agrupan y suceden en el mundo, abren la puerta á escenas tiernas unas veces, terribles otras, verdaderas y verosímiles siempre. Así de seguro se consiguen á un tiempo el deleite y la enseñanza: porque imaginar que de elementos absurdos se pueden sacar deducciones prácticas y consecuencias útiles, es pensar en lo excusado. Cuanto al deleite, lo mismo hay que decir de la novela, que de la comedia aseguró el príncipe de los ingenios españoles: si tiene por objeto entretener la comunidad con alguna honesta recreacion, y divertirla á veces de los malos humores que suele engendrar la ociosidad, conseguiráse mucho mejor este intento con las buenas y verisímiles, porque despues de haber leido la novela artificiosa y bien orde-

nada, quedaria el lector «alegre con las burlas, enseñado con las veras, admirado de los sucesos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagaz con los ejemplos, airado contra el vicio, y enamorado de la virtud.»

Estas últimas palabras llevan el ánimo hácia otro punto importante y más digno aún que el anterior de la consideracion de los doctos.

Contra las novelas se ha levantado muchas veces la voz de sacerdotes, de padres de familia, de honradas matronas. ¿Y por qué sus clamores? ¿Qué males denuncian? ¿Es tal su gravedad? ¿No hay remedio para ellos? ¿Ha de condenarse la novela como género de literatura esencialmente malo y pernicioso, digno de ser proscripto en las repúblicas bien ordenadas? La novela se rige en este punto por las mismas reglas que todos los demás libros; las hay buenas y malas, provechosas y funestas, inocentes y reprensibles. Las unas merecen ser puestas sobre la cabeza; las otras, condenacion y vituperio. Si porque se escriben malas novelas hubiera de proscribirse su composicion y lectura, habria que desterrar tambien por la misma causa la comedia; y contra aquel que dijera semejante despropósito, levantaríanse airadas las sombras de Lope, de Calderon, Alarcon y Moratin, cuyos nombres son honra de España: habria que proscribir la sátira, y Quevedo y Jovellanos apelarian desde su tumba de tan injusta sentencia. Pero, ¿á qué acudir á las profanas ocupaciones del ingenio? Á valer semejante raciocinio, seria forzoso impedir la predicacion del Evangelio en el púlpito, porque ha habido sermones censurados severamente por los doctos; ocasionando muchos de aquellos en el siglo anterior que un sábio jesuita publicase la sangrienta invectiva del *Fray Gerundio de Campazas*. No; del abuso no debe argüirse contra el uso, mientras el uso por sí solo no constituya un mal. Á pesar de los

Gerundios que haya podido haber á despecho de nuestra madre la Iglesia, siguen predicando sus ministros con gran provecho de la grey y no menor contentamiento de las almas piadosas. Á pesar de las malas y corruptoras comedias que se hayan podido representar y se representen ahora mismo, siguen mereciendo el aprecio de las personas honradas y el aplauso de los entendidos las fábulas compuestas por un Breton, un Hartzenbusch y un Vega, con evidente mérito literario y visible propósito moral, ó cuando menos inocente. De las novelas ha de asegurarse lo mismo; y manejadas por hábiles y rectos espíritus, han de producir fecundos y benéficos resultados. Responded de ello vosotros, Hurtado de Mendoza con tu picaresco *Lazarillo*, Cervántes con todas tus *Novelas ejemplares*, Quevedo con tu *Buscon* ó *Gran Tacaño*, Walter Scott con tu *Anticuario* y tu *Astrólogo*, y tú, Manzoni, con *I promessi sposi*.

¡Que la novela es en sí misma perjudicial y abominable! Caemos en semejante error, indignados al ver las más que llegan á nuestras manos y ocultamos á la vista de nuestros hijos, si para ello nos da tiempo la inagotable facundia del genio del mal, y la bárbara inundacion producida por la facilidad con que hoy se da todo á la estampa. Pero volved los ojos, Señores, á vuestra infancia; evocad los recuerdos de vuestros primeros años, nunca más agradables que al entrar, como hemos entrado ya, en el otoño de la vida, y hallaréis argumentos en favor de la novela. ¿Os acordais de aquellos cuentos que una tierna y adorada madre os narraba, y que vosotros escuchábais sin pestañear, llena de ansiedad el alma y de inocencia el corazon? Pues aquellos cuentos, no hay dudarlo, eran una especie de novelas. ¿No vísteis en las aldeas una anciana refiriendo junto al hogar portentosas tradiciones de la comarca, miéntras los gañanes componen sus aperos, y las

mozas preparan el hato, y los chicuelos se solazan? Pues esas tradiciones son novelas. ¿No hallásteis alguna vez infinitos curiosos rodeando á un licenciado del ejército, encanecido ya, que da larga cuenta de las aventuras que á él y á sus camaradas acontecieron cuando *servian al rey*, que así llaman los españoles al servicio de la patria? Pues hé aquí otra inagotable fuente de novelas. ¿Cómo han de ser esencialmente malas las hijas de tales padres? Ni aquel soldado, ni aquella anciana, ni vuestras madres, se habian de proponer, pervirtiéndole y dañándole, endulzar vuestro corazon. ¡Las madres sobre todo! ¿Qué hombre de estado vencerá nunca en prevision á una madre cuando de sus hijos se trata y en su educacion se ocupa? . . . .

Lo que hay es que de todas las obras literarias, ninguna exige tanto cuidado como las dramáticas y las novelescas, atento el mayor influjo que estas ejercen en las costumbres; por lo mismo precisamente las que aspiran al bien y le logran, son más dignas de alabanza y aun de estímulo.

Hubo un tiempo en que no tenian las obras del ingenio más propósito que deleitar el ánimo con dulce esparcimiento; pero de aquellos tiempos se dice que eran ignorantes los hombres, insípidos los escritores, y bárbaros los gobiernos. Por entonces brillaban en España un Cervántes, un Hurtado de Mendoza, un Mateo Aleman, un Lope y un Tirso de Molina. Ahora es otra cosa; la literatura se ha hecho trascendental, y en las novelas sobre todo, despreciando reglas y principios, se entrega á todos los caprichos de la fantasía, y conviértese en apóstol de todos los desarreglos del entendimiento humano. Economía política, legislacion civil y criminal, sistemas penitenciarios, emancipacion de la mujer, organizacion del trabajo, historia, filosofía, religion, todo, todo se trata en las novelas y en el teatro, y todo se enseña y se predica por su

medio. No hay para qué ponderar los resultados de innovacion semejante, que acabará por matar lo que hasta ahora se ha conocido con el nombre de letras humanas. Á unos cuantos hombres formales y reflexivos dirigíase antes únicamente la discusion filosófica y religiosa : hoy, en el teatro y la novela, al vulgo mal preparado é indefenso. Aquí el dogmatismo se inflama, la filosofía toma bulto, los principios teóricos viven, obran y pelean, y han convertido estas dos hijas de la bella y antes inocente literatura, en la más formidable enseñanza que puede recibir el pueblo.

¡Y qué enseñanza, Dios mio! Para catalogar sus errores, sofismas y crímenes, no bastarian volúmenes enteros. Predica en religion un grosero materialismo, ó un misticismo extravagante y panteista : en filosofía, la irresponsabilidad de la criatura humana destinada á sufrir la ley que le impone su organizacion, la anulacion de la libertad moral del hombre por la legitimidad é incontrastable fuerza de las pasiones : en ciencia social, como hoy se dice, la felicidad en la tierra; como resúmen de toda la doctrina, ¡el suicidio!

El hombre ha nacido para ser dichoso, afirma en una novela moderna cierto personaje, á quien el autor tiene la singular audacia de llamar el verdadero sacerdote de Jesucristo. ¡Vana ilusion, engaño cruel que desmienten los siglos pasados y el ahogado grito de dolor que resuena constantemente allá en el fondo del alma! El hombre ha nacido para perder á sus padres cuando niño ó cuando jóven, á sus hijos en la edad madura, á la dulce compañera de la vida en la desolada vejez; para sufrir hambre, y sed, y frio, y desnudez, y miseria; para estar sujeto á las enfermedades y á la muerte; para presenciar las desgracias del prójimo sin alcanzar á remediarlas sino en una mínima parte. Más filosófica y más exacta la Iglesia, nos enseña desde niños á llamar valle de lágrimas á la

tierra. Y así es : gimiendo anuncia su llegada el recien nacido á los que le esperan; sobre las heladas mejillas de todo humano cadáver, hállase siempre una lágrima que da testimonio de que aquella materia inerte fué el cuerpo de un descendiente de Adan.

¿Qué os proponeis, desventurados utopistas, despertando en el corazon del candoroso mancebo y de la doncella inocente sueños irrealizables y esperanzas insensatas? Sembradores sois de engaños: la sociedad cogerá frutos de desolacion y muerte.

No, sino levantad en alto figuras de prostitucion y de infamia; convertidlas en objeto de estimacion pública, y presentadlas como modelo de virtud y grandeza moral; recoged de en medio de las calles la más perdida y repugnante hija del vicio, y ponedla frente á frente de la mujer honrada y laboriosa para que la ultraje y la venza; trazad vuestros planes de modo que el libertinaje arranque aplausos á los hombres y lágrimas á las madres de familia; combinad con diabólico artificio las cosas para que interese la muerte de las Magdalenas novelescas, que ni se arrepienten ni se enmiendan, pareciéndose á la del Evangelio únicamente en que lloran, bien que lloran tan solo (á diferencia de aquella) porque se les acaba la salud ó el dinero; presentadlas como ángeles de generosidad y abnegacion, y habréis dado al traste, en primer lugar, con la sociedad, y en segundo, con la bella literatura.

No nos forjemos ilusiones, ni seamos cómplices en autorizar el error: desde que se han hecho dogmáticas las obras de ingenio, echándose de ellas mano para extender ideas y sistemas, hállanse condenadas al desvío de muchas personas; y si ceden en ruina y perdicion comun los sistemas que por su medio se difunden, entonces será cuando las almas virtuosas cerrarán sus puertas con piedra y lodo á las letras hu-

manas. ¿Qué hemos de replicar á quien nos diga que renuncia á saborear los amenos frutos del entendimiento, por no oir que el matrimonio es la más imbécil entre todas las inmolaciones sociales; que las esposas deben á sus maridos hijos, pero no amor; que el matrimonio es arbitraria institucion, imaginada por el despotismo del hombre para convertir en propio beneficio la debilidad de la mujer; que la vida de la casta esposa es una terrible lucha de la naturaleza contra la tiranía, y que los juramentos que se prestan ante el altar constituyen un absurdo y una infame bajeza? Pues todo esto se ha dicho en novelas que hoy corren de mano en mano, con estimacion y aplauso de las gentes. Y más se ha dicho todavía, Señores; ¡cosa que parece increible! que para que una mujer conserve su dignidad, es preciso que no se case nunca, porque el matrimonio la obliga á ser esclava ó perjura. En boca están estas palabras de una mujer á quien el poeta quiere presentar como perfecto dechado de incomparable simpática belleza, y á quien hace morir en medio de sensuales placeres, huyendo del despótico yugo del matrimonio. ¡Horrible blasfemia! ¡Insensata mentira, contra la cual claman todas las fuerzas del alma, y todos los secretos y delicados resortes del corazon! Esa que llamais esclava, es la verdadera señora: tiene claros y reconocidos derechos, y manda y ordena en dilatados dominios. Suyo, el señorío de los afectos humanos; suyo, el gobierno patriarcal y cariñoso de los corazones; suyo, y solo para ella, el suave imperio con que la madre embelesa á sus hijuelos, y al fuerte marido la pudorosa matrona.

Los mentidos apóstoles de la emancipacion de la mujer han llegado en algunas novelas á defender el adulterio como ejercicio de un derecho imprescriptible, osando afirmar que sacudir tiránico yugo, intentar la grande y terrible lucha del derecho contra la fuerza, es dar pruebas de moral energía;

que romper las obligaciones, afrontar los peligros y los remordimientos, es mostrarse atrevido y dignamente poderoso. Más disolventes máximas aún aventuró algun novelista moderno, que no quiero repetir, porque debo respeto á la Academia, al público, y á mi propia persona. ¡Pobres mujeres! En los del amor están sus mas claros horizontes, y segun sus defensores, se tiene amor como se tiene hambre, como se tiene sed, como se tiene frio. ¡Pobres mujeres! Cuánto mejor les va en la desdichada vida real, en que ofrecen descanso y alivio al trabajo y á las penas de sus padres y esposos, y de ellos reciben proteccion, tiernas y castas caricias, y hasta mal encubierta obediencia!

Los novelistas, finalmente, se afanan y desviven por poner en abierta lucha á los pobres con los ricos, no pareciendo sino que se desea lanzar á los primeros contra las personas y bienes de fortuna de los segundos.

Pues si todo esto se halla en las novelas, ¿cómo te atreves, me dirá alguno, á defender el abominable género que ese nombre recibe? Porque tales manchas no constituyen la índole esencial de la novela, contestaré yo; debiéndose ellas únicamente á la pestilencial manía de convertir en cátedra el terreno literario; porque esto, y acaso más y peor, encontraréis si lo buscais, y á poco que lo busqueis, en producciones de otro nombre y de diversa índole; porque, si fundados en estas razones quereis la proscripcion de la novela, teneis que ser lógicos y consecuentes, y solicitar de camino el destierro de todas las producciones del ingenio. ¿No veis poemas dramáticos en que verbenean las mismas iniquidades, los cuales se representan delante de una multitud congregada al efecto, ávida de emociones, y entusiasmada con las galas de ostentoso ropaje que visten y decoran el nauseabundo cuadro de corrupcion y mal gusto? ¿No asistís, en la ópera y en la co-

media, á la apoteosis del libre amor, al triunfo de la inobediencia? ¿No escuchais las populares canciones de Beranger, sobre todo la intitulada *El anciano vagamundo*, en que se respira envidia, enemistad entre las distintas clases del Estado? Pues bella es no obstante la música, y sublime la poesía; pero ni una ni otra han podido librarse del contagio. ¿Por qué caer á mano airada sobre la pobre novela, que es ni más ni ménos que una de tantas hermanas, nacidas para ser inocentes y hermosas, y corrompidas luego por la iniquidad y el vicio?

No hay que cansarse en repetirlo; las novelas, como todos los demás géneros de literatura, van hoy fuera de su carril, porque se proponen indignamente atacar la organizacion social, y tender el vuelo por los nebulosos espacios de la ciencia política para destruir el principio de autoridad. ¿Y de aquí deducirémos que ha de negarse á las bellas letras pintar los vicios de los diversos estados y personas? Muy al contrario; cúmpleles huir de toda vil lisonja, y pueden representar reyes tiranos y crueles, magnates despiadados, avarientos logreros sin piedad y sin entrañas. Ni un instante se detengan en ofrecer á la execracion de todos los siglos la memoria de los Nerones, Calígulas y Mesalinas; pero jamás den á entender que á tales mónstruos han de parecerse por fuerza cuantos príncipes ocupen el solio. El vicio, preséntese donde quiera, se ha de manifestar siempre deforme y aborrecible; la virtud, ciñendo la merecida corona; y tal de por sí, que ella sola inspire amor, interés y universal aplauso. Háyase de establecer como regla invariable la iniquidad en los grandes y la bondad en los pequeños; no se entregue por alimento á las clases humildes la envidia, el odio, la desesperacion; no sean tiranos todos los monarcas, avaros todos los ricos, despiadados todos los poderosos. Esto, fuera de ser ajeno á la verdad, falso á toda luz, y por ello literariamente malo, es con-

vertir las nobles fuerzas del ingenio en bárbara palanca de trastornos sociales, en tremendo ariete que derriba por el suelo destrozadas la paz, la justicia, la resignacion, y todas las cristianas virtudes.

Véase, pues, cuán fundado el empeño con que gentes doctas y sensatas condenan el teatro y la novela. Púrguense de una vez ambos ramos de literatura de sus vicios; restitúyanse al esplendor y decencia que pide el bien público (como hace sesenta y nueve años decia un miembro ilustre de esta Real Academia), y callará la agria censura, ó quedará cuando más reducida á unos cuantos ignorantes á quien impondrán silencio la razon y el buen gusto. Vuelvan las musas á morar en regaladas florestas, con su gracioso antiguo continente, ceñida de flores la cintura; dejen de andar á pié y descalzas, desaseadas y en cabello por esas calles, y tornarán á ser queridas y respetadas. Vuelvan, vuelvan los tiempos en que el auditorio se entregaba en brazos de la risa, ó derramaba lágrimas de ternura sin miedo ni escrúpulo en el teatro y sin peligro en la lectura de cuentos, narraciones y novelas. Vuelvan, quiéralo Dios, por más que clamoreen doctores de nuevo cuño y filósofos de primera tonsura que la intensidad y la trascendencia del sujeto no corresponden á la mision del ser humano, y que las buenas letras han de tener por madre á la filosofía, por hermana á la ciencia, y por abuelos no sé cuántas cosas resonantes y magníficas. Dejad que griten, con tal que lleguen á salvarse las letras, hoy amagadas de gravísimo peligro, porque se juntan con malas compañías.

Pero, ¿tiene el mal fácil remedio? Cervántes afirmaba que todos estos inconvenientes cesarian, y aun otros muchos más, «con que hubiese en la corte una persona inteligente y discreta que examinase todas las comedias antes que se representasen»; con lo cual «aquellos que las componen mirarian

con más cuidado y estudio lo que hacian..... Y si se diese cargo á otro, ó á este mismo, que examinase los libros de caballerías que de nuevo se compusiesen (las novelas de hoy son los libros de caballerías de entonces), sin duda podrian salir algunos con la perfeccion que vuestra merced ha dicho, enriqueciendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la elocuencia, dando ocasion que los libros viejos se escureciesen á la luz de los nuevos que saliesen para honesto pasatiempo, no solamente de los ociosos, sino de los más ocupados; pues no es posible que esté continuo el arco armado, ni la condicion y flaqueza humana se pueda sustentar sin alguna lícita recreacion.»

Y así es la verdad, como lo asegura el inmortal autor de la ficcion más excelente que ha producido la humana fantasía; porque siendo esto hecho en aquella manera con que él compuso sus fábulas, tales novelas podrán sacarse á luz, que produzcan á un mismo tiempo la enseñanza y el deleite. Para lo cual no es menester que tome el novelista un púlpito y á cada paso lance una plática al ánimo desprevenido del curioso lector; sino antes bien será más oportuno que de los sucesos felizmente concertados y de la fábula con peregrino arte compuesta, resulte enseñanza y doctrina. Y serán tanto más provechosas cuanto más naturalmente vayan resultando de los sucesos y no de sermones pesados é inoportunos, ajenos ciertamente á la naturaleza de estos libros. ¿Quién sufre al pedagogo en aquellas horas que da al solaz y al descanso? Mas al contrario, ¿quién opone insensible pecho al que, deleitando el ánimo, siembra sin alharacas ni presuncion bienhechoras semillas que rinden sazonados frutos sin causar fastidio ni modorra? De mayor libertad ha de gozar en este punto la novela que la comedia, no hay dudarlo; pero no ha de consistir en el abuso del dogmatismo, sino en el mayor

ensanche con que puede trazar su plan la novela, en los variados y numerosos personajes de que le es permitido echar mano, en la menor sujecion á tiempos y lugares, y en otros mil resortes de que solo ella dispone sin traba alguna.

No necesita muchos, sin embargo, para interesar y conmover; y tanto mayor es su mérito cuanto ménos exagere los afectos sacándolos de su acostumbrada corriente. Una accion natural y sencilla en que los sucesos ofrezcan las transformaciones propias de la vida, el eterno combate de las pasiones con las legítimas exigencias de la sociedad, los trances, ya duros y terribles, ya dulces y tiernos, ya grotescos, ya ridículos, aciertan á veces á conmover más profundamente el corazon, que las desvariadas imaginaciones de extraordinarios sucesos en que salen de su quicio las virtudes y las flaquezas, las grandezas y las miserias de la humana especie. ¡Cuántas lágrimas no arranca á veces el abandono de un niño, la muerte de un anciano, la desolacion de una madre, al mismo que contempla con ojos enjutos sangrientas revoluciones, campales batallas, muertes, estrago, destruccion!

Las generaciones destinadas por la Providencia á presenciar grandes catástrofes, son cabalmente las que más se recrean con el espectáculo de escenas tiernas, apacibles y sencillas. Y esto ahora como nunca salta á los ojos del discreto observador. La generacion que ha visto subir al cadalso á un rey virtuoso y á una reina inocente, y despues uno tras otro á todos sus jueces y verdugos; quien contempló á un hombre de gigantesco entendimiento encumbrarse desde el colegio de artillería á uno de los más elevados tronos de la tierra; y luego recorrer el mundo como conquistador, y al fin venir á espirar aislado y prisionero en miserable roca del Occéano, busca necesariamente en más dulces escenas la reaccion saludable que su alma necesita. Ved por qué manifiesta el pú-

blico, de algun tiempo á esta parte, marcada prediccion al género cómico: por la misma razon ni más ni ménos que el soldado Garcilaso de la Vega se entretenia en pastoriles cantares, y de la pluma del heróico inválido de Lepanto brotaba la cándida Galatea.

La historia cae tambien bajo el dominio de la novela, rompiendo en manantial clarísimo de honesto pasatiempo y deleite. Pero no lo conseguirá nunca destrozando la verdad, desfigurando los personajes y embrollando los hechos y sus causas y móviles más notorios. Si no se halla con fuerzas para huir de tan errado camino el poeta, fantasée en buen hora de su cuenta y riesgo figuras, sucesos y regiones desconocidos, pues para hacerlo tiene ámplia licencia, siempre que de ella use con discrecion y tino: cuando quiera retratar personajes históricos, reproduzca fielmente el pincel los verdaderos rasgos del modelo, sus costumbres, su alma. Respeten los escritores y estudien concienzudamente á los personajes que yacen en el sagrado de la tumba; no caigan en el crímen de calumniarlos, ni tuerzan con falsedades y mentiras el bien dispuesto ánimo del auditorio: observen, en fin, aquello en que se diferencian de los nuestros los tiempos que pasaron, para hacerlos revivir en el teatro y la novela. ¿Qué seria oir hablar á los procuradores de las villas y ciudades en el siglo XIV, por ejemplo, como pudiera hoy un fanático propagandista? ¿Qué, en un rudo labriego de antaño, las palabras é intricadas razones del que hoy se llama periodista de oposicion? Tan ridículo como esto nos pareceria Felipe II ó su padre el emperador vestido de frac y corbata blanca. Pues si el cuadro en que así les hubiese retratado algun infeliz pintor excitaria la risa del concurso, ¿por qué dar al olvido y conceder generoso perdon á quien comete igual ó mayor falta en fábula destinada á la representacion ó á la lectura? ¡Contraste singular y extraordinario!

Preséntese en las tablas el último de los cómicos de un teatro; salga desaliñada é impropiamente vestido, confundiendo el trajè de los tiempos de Alejandro Magno con el de García de Paredes, y allí será la burla y chacota de las gentes y el hacerle retirar á silbidos. ¿Por qué no la misma justa severidad contra quien viste mas ridículamente aún el alma del personaje?

Fuera de que la historia tiene por sí misma respetables fueros, y bien merece, aun solo como ciudadana de la república literaria considerada, que sus hermanas sean servidas de guardarle los debidos miramientos; que cierto no es ella ménos digna de figurar entre las letras humanas con aplauso y respeto, que cualquiera de las que con más pompa se atavían.

Y no se disculpen los autores con decir que se ven en el trance de manchar á priesa la tabla, si han de ser las letras una carrera lucrativa. Esto nos hace fijar la consideracion en un punto que ciertamente la merece. ¿Ha perdido la literatura, haciéndose medio de ganar la vida? Siempre hubo malos poetas y ramplones escritores, no hay duda alguna, y pasan por la faz de la tierra sin dejar huella ni rastro, como no sean las ingeniosas zumbas que, por escarnio y como migajas de su mesa, les arrojan los afamados ingenios; pero la universal intemperancia con que ahora todo el mundo se da á coser á puntada larga para que cunda y no dure, empleándose en tarea semejante hasta aquellos varones doctos é insignes que más debian desdeñarla, consecuencia es de haber entrado las letras en el número de los oficios ó industrias. Justo parece el que desee cada cual en el mundo vivir de su trabajo y tener propiedad legal en los frutos de su entendimiento: esta verdad no puede negarse. Sin embargo, desde que se sacan aquellos frutos al mercado, la dignidad de las letras se encuentra algun tanto comprometida. No porque se propongan lucrarse

con ellas los ingenios, que á eso tambien con su profesion y ministerio aspiran el abogado y el sacerdote, sino porque el culto de la poesía y de todas sus hermanas exige suma detencion y esmero en el trabajo, los cuales parecen incompatibles con la necesidad de ganar horas para aumentar el jornal, y porque así tienen que atemperarse al gusto, que puede ser malo, del consumidor. Ingenios hay de fecundidad asombrosa, como Lope entre los antiguos y Breton en nuestros propios dias; pero tambien los hay perezosos y tardos, á los cuales no se pregunta por nadie cuánto tiempo emplearon en componer sus bien tejidas fábulas: Moratin con sus cinco perlas, en época, aunque reciente, ya pasada, y D. Ventura de la Vega con su comedia *El hombre de mundo*, sirvan como ejemplo de esta notoria verdad. Si los de semejante índole hubiesen de vivir, como cualquier oficial de mecánica industria, del producto de su trabajo, habrian de entregarse del todo á rápidas traducciones, ó á mal pensados artificios de la propia fantasía. ¿Y quién sabe si, consagrados á tan fútil empresa, convirtiérase en estéril la antes rica vena, rica por la calidad, ya que no por la cantidad de las producciones? ¿Quién sabe, si empeñados en traducir ajenos conceptos ó hilvanar sus rápidas imaginaciones, dejarian yacer largos años abandonado en el cajon de una mesa algun trabajo literario, bastante á dar gloria á su autor y á la madre patria? No hay duda: el derecho de propiedad es evidente, y pueblo ninguno que al título de culto aspire, lo puede negar, ni escatimar siquiera: la obra de ingenio que produzca montes de oro, á los piés de su autor debe rendirlos, ó no hay justicia ni idea del derecho en la tierra; pero el empeño que como consecuencia de estos inconcusos principios se ha formado de que el literato viva con el producto de sus obras, ha trocado en profesion el cultivo de las humanas letras, y descen-

diendo las musas desde el Parnaso, donde libres y regaladas vivian, al mostrador del negociante, editor ó empresario, ha dado al traste con lo que de noble, bello é ideal tenia en nuestra niñez el nombre de poeta.

Es desconsolador espectáculo el de la insigne pobreza en que vivió y murió tan grande ingenio como Miguel de Cervántes, *más versado en desdichas que en versos;* pero fuera de que en todo tiempo hay vicisitudes y casos anómalos que no alcanzan satisfactoria explicacion, y de que en aquellos mismos dias gozaba de justa fama y mediana comodidad Lope de Vega, todavía repugna más á los hombres de buen gusto dotados, el cuadro de excelentes escritores que atienden á la necesidad de ganar el sustento, y aun fuera de España á atesorar riquezas, desperdiciando las dotes con que les favoreció Dios, oyendo el perpetuo *Luca, fa presto* que amenguó las facultades de un insigne pintor, y tratando de labrar palacios para sus personas, en vez de alzar monumentos para su fama.

No sin aplicacion á mi asunto he tocado en esta materia; porque hilvanándose á destajo novelas en Francia, y traduciéndose mal y pronto por españoles que las embanastan de tropel en folletines, ó las reparten de prisa y á competencia en reducidas entregas, se estraga la aficion del público, se obtiene regular ganancia en el mercado, y se imposibilita ó dificulta la composicion de buenas novelas españolas. De aquí, en el original, la incoherencia de los sucesos imaginados, la falta de plan en el total de la obra, el hacinamiento mal calculado de estupendas aventuras; en la traduccion, la pérdida completa de la rica habla castellana, de que ni ligera muestra se conserva en los escritos á que me refiero. ¿Qué buena fábula ha de combinar el autor de tres ó cuatro novelas á un mismo tiempo urdidas, impresas conforme se van escribien-

do, que suelen comenzarse sin propósito fijo, continuarse sin otra idea que la de ocupar el folletin de tantos ó cuantos meses, y concluirse allí donde se completan los pliegos de impresion convenidos? ¡ Pues qué dirémos de la version española! Primeramente, es más barato traducir que componer, y las empresas prefieren traducciones; en segundo lugar, son más baratos los malos traductores que los buenos; júntase á esto que la novela se ha de publicar en breve plazo, so pena de que aparezca en otro diario y falle la especulacion; y unido todo al hábito de hablar y escribir un bárbaro idioma, ni francés ni castellano, y á la falta de tiempo para corregir el primer embrion, no hay manera de que el conjunto deje de ser un cáos de disparates sin término. Ved por qué necesariamente arrojan desalentados la pluma aquellos que podrian cultivar con buen éxito la novela española.

Porque no es cierto, como algunos pretenden, que el ingenio español no sea propio para sobresalir en este género, hoy tan en boga en Europa, y sobre todo en Francia; nuestra historia literaria desmiente á gritos tan desacertada opinion, y con pruebas eficaces demuestra que para la novela cabalmente parecen nacidos los españoles; como que á novelas se asemejan todas nuestras producciones; dejos de novelas, aunque en verso, tienen nuestros mejores romanceros, y mucho de novelas todas nuestras comedias del siglo de oro. Quizá no se equivoquen, á Dios gracias, los que nos niegan disposicion natural para la novela con ínfulas de *social* y *filosófica*, que hoy se usa en Francia, y traducida corre por España; pero suponer que no puede nuestra poética tierra producir autores de la buena y literaria novela, es nada ménos que renegar, no solo de nuestras buenas producciones de este género, sino tambien del fino esmalte novelesco que avalora todo cuanto ha salido de plumas españolas desde la infancia

del arte hasta nuestros propios dias. La atildada y erudita literatura sí que tiene muy contados campeones en nuestro suelo; pero la popular y entretenida narracion (poco ajustada al clásico molde) de aventuras picarescas, lances extraordinarios, hechos gloriosos ó sucesos de la vida ordinaria, apaciblemente referidos, es el campo siempre abundante, nunca espigado, donde recogen gran cosecha de sazonadas mieses y laureles inmarcesibles nuestros primeros trovadores, nuestros romanceros, nuestros dramáticos, todos nuestros escritores. Cabalmente porque más parecen novelas, desdeñan nuestras mejores comedias los dramáticos franceses del siglo de Luis XIV; precisamente por esta cualidad embelesan el romancero del Cid y de Bernardo del Carpio y el conde Fernan Gonzalez. ¡Que no es España propia madre de novelistas eminentes! ¿Pues cuándo se remonta á mayor altura nuestro duque de Rivas, que ahora mismo entre nosotros vive y entre vosotros se sienta, sino cuando vuela su poderosa y galana fantasía por los verdaderos dominios de la novela, y escribe sus históricos romances, sus interesantes leyendas, su *Azucena milagrosa*, su *Moro expósito*, ó su incomparable *D. Alvaro*? Parece como que *la fuerza del sino* conduce á los españoles á componer novelas, no obstante que huyan de semejante denominacion: tomad cualquiera de las mejores y más afamadas comedias de Lope, ó alguna de las heróicas de Calderon; tratad de vaciarla en la turquesa de las reglas clásicas, ajustándola á las unidades que se recomiendan, ya que no se exigen, y usando de prudente parsimonia en levantar y correr telones que necesita el espectador para no perder la ilusion y distraerse, ó procurad trocarla en novela; y veréis cómo este último empeño es mucho más realizable y fácil que el primero. Pues recorred el moderno téatro español, y decidme qué trabajo habria costado á sus inspirados auto-

res componer novelas en vez de dramas, con los mismos argumentos y casi del propio modo dispuestos, de *El Trovador*, *Los amantes de Teruel*, *La espada de un caballero* ó *La locura de amor*. De aquí no ha de inferirse que estos no sean excelentes dramas, ni menos que tenga yo en poco nuestro antiguo teatro, una de las mayores glorias con que legítimamente nos ufanamos, sino que de tal modo el ingenio español se presta á la composicion de la novela, que de la índole de esta participan todas sus composiciones.

Mas aun cuando en esto me equivoque, nadie negará que dentro de sus naturales y verdaderos límites la novela ha sido cultivada por los españoles con tal acierto y tan universal aplauso, que patentizan ser propio suelo España para su cultivo y desarrollo. Cuando Miguel de Cervántes decia en el prólogo de sus *Novelas ejemplares*, publicadas en el año 1613: «yo soy el primero que he novelado en lengua castellana, que las muchas novelas que en ella andan impresas, todas son traducidas de lenguas extranjeras,» incurria en error, hijo sin duda de la significacion que daba á la palabra, importada del italiano. Nacen muchas disputas á veces entre los hombres sobre todos los ramos del saber, por no convenir préviamente en las definiciones de las cosas. La palabra *novela* tardaria, como oriunda de extraña lengua, en tener significacion determinada y exacta; mas hoy, que la tiene clara y confirmada por el uso constante en la conversacion y en la lectura, resulta que al aventurar aquella especie se engañó el más juicioso de nuestros ingenios y uno de los mayores que han ilustrado el mundo en todos los siglos. ¿Quién dejará de estimar cuadros novelescos los que ofrece la obra intitulada *El Conde Lucanor*, debidos á la erudita pluma del nieto de San Fernando? ¿Y algunos apólogos ó *enxiemplos* del Arcipreste de Hita, como el de los amores de doña Endrina, escrito en

verso y con todo el interés y fisonomía de la novela? Novela sin disputa ha de apreciarse igualmente la *Cárcel de Amor*, y alguno que otro primoroso rasgo de Diego de San Pedro, y tambien *Celestina*, libro impreso en 1499, por mas que á su jurisdiccion y dominio le quiera traer el teatro, á causa de estar dialogada la composicion y rotularse *Tragicomedia de Calisto y Melibea*. Antes que novelase el manco de Lepanto, habia ya en el género picaño echado á volar su *Lazarillo de Tórmes* D. Diego Hurtado de Mendoza; eran muy populares las encantadoras narraciones de la varia fortuna de Abindarraez y la hermosa Jarifa; y antes que viniese al mundo *Don Quijote* corrian de molde por villas y lugares infinitas deleitosas fábulas, ahora con rótulo de *historias*, ahora con el de *amores*, *aventuras*, ú otros parecidos. Imposible es hoy reducirlas á número, y grato ver muchas dignamente conservadas y prontas á complacer al estudioso en la biblioteca de algun bizarro magnate ó de algun erudito de mérito verdadero.

Relatar discretamente una accion fingida, aunque verosímil, entre personas particulares, ó si parece mejor entre cualesquiera de las que componen la inmensa escala social desde las ínfimas clases hasta las más distinguidas y encumbradas (lo cual hoy tiene por objeto principal la novela, y constituye su esencia y definicion), fué sazonado empleo de algunos entendimientos españoles anteriores á Cervántes. Y no podia menos de suceder así; donde quiera que hay hombres reunidos, hay cuentos y narraciones de bien aderezadas historias, ó casos imaginados para adornar la aridez de las verdaderas; donde quiera que hay un rayo de literaria cultura, por sí brotan y ricamente se engalanan esas narraciones á que ponemos el nombre de novelas. Era pues natural y necesario que las hubiese en España antes de la época en que floreció el insigne autor de *La Gitanilla de Madrid*, porque contaba ya

algunos siglos de aplicacion la lengua castellana á literarios usos. Dícese por los eruditos que la novela empezó en Oriente: así lo creo, porque allí estuvo la cuna del linaje humano. No concibo yo sociedad á quien sea desconocido aquel placer honesto, como que vivamente cautiva la aficion de la niñez, y es el más sabroso goce de la ancianidad. Primero fué la narracion y el cuentecillo; luego se fió á la escritura; vistióse despues con preciosos arreos, y acaso con versos deleitables, entrando por fin en los dominios del arte y empeñando á felicísimos y próceres ingenios en componer é inmortalizar la novela. No sobresalió en Grecia ni en Roma, es verdad, porque ni griegos ni romanos gozaron de la vida íntima y doméstica, viviendo en público todos; y porque la constitucion de la familia con la mujer y los hijos reducidos al estado de cosas, y esclavos para el servicio, los apartaban de esparcimientos naturales en todos los demás pueblos. Los cuales dulces y amenos pasatiempos aparecieron de nuevo cuando el cristianismo transformó la tierra, elevó la dignidad de la mujer desde la humilde esfera de sierva, ó poco menos, á la de compañera del hombre, y ensanchó la influencia moral del padre disminuyendo su poder material, y poniendo entre él y sus hijos la tierna mediacion de una amorosa y autorizada madre.

No puede menos la novela de pagar tributo á las costumbres actuales, reflejando al propio tiempo la especial fisonomía de aquella sociedad á quien sirve de recreacion y deleite. Véase por qué, entre nosotros, siendo verdaderas novelas los libros de caballerías, participan de la índole de rudas é informes epopeyas, como alimento de un pueblo que estaba realizando la mayor que registran los anales del mundo, no en el espacio de diez años, sino durante mas de veinte generaciones. Pero considerando, si no el espíritu, la forma,



¿tanto distan de algunas novelas modernas los libros de caballerías? Si en ellas no hay membrudos y torvos gigantes, nos ofrecen Cuasimodos; si no se pintan descomunales batallas, preséntanse ejércitos de hampones; si faltan caballeros andantes con sus adjuntos escuderos, los suplen holgadamente bravos mosqueteros con sendos criados que hacen poco menos que volar por los aires, y llevan á cabo tan estupendas aventuras como las que derritieron el cerebro del asendereado caballero de la Mancha.

Mil veces venturoso el peregrino Miguel de Cervántes Saavedra, gloria de España y orgullo de cuantos nos llamamos sus compatriotas, que sin caer en reprension, y con verdad en cierta manera, pudo llamarse á sí propio el primero que habia novelado en lengua castellana; esto es, el primero que supo llevar á su mayor perfeccion la novela, acertando con la novedad en la invencion, con la grandeza en el pensamiento, y con el arte de hacer provechosa la enseñanza y doctrina, deleitable la fábula, é interesante la pintura de las costumbres en todas las clases y estados de los hombres. Tanta es su elegancia en las *Novelas ejemplares*, tanta su discrecion y dulce modo. Bastarian ellas solas á conquistarle la estimacion general, si no hubiese asombrado al mundo con la inmortal historia de *D. Quijote*, obra la más bella *que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros*.

¿Y á cuál de los géneros conocidos en lo antiguo ó en lo moderno hemos de adjudicar este precioso monumento del ingenio humano, si no pertenece á la novela? Bien sé que es mezquino todo marco para cuadro tan admirable; que no hay género á que no pertenezca, porque participa de la comedia por la fuerza, viveza y animacion de sus diálogos; de la sátira, por sus graciosísimas invectivas contra los libros de caballerías; de la elegía, por el tierno adios con que saluda, arran-

cado alguna vez del corazon, á los tiempos de ilusiones que van de pasada, y por la sonrisa que muestra á los de realidad que ve avanzar á toda prisa aquel entendimiento gigante. Pero cabalmente por esto mismo de participar de todos los géneros, no hay mas remedio que bautizarle con el nombre de novela; en la cual cabe (segun Cervántes oportunamente dice) «que el autor pueda mostrarse épico, lírico, trágico, cómico, con todas aquellas partes que encierran en sí las dulcísimas y agradables ciencias de la poesía y de la oratoria.»

Pero si se duda en calificar de novela el *D. Quijote*, es porque, llamado historia en son de burlas por su autor, como viva historia se representa en la fantasía de los lectores, que imaginan estar presenciando los sucesos, viendo los sitios y contemplando las facciones, vestido y apostura de los personajes todos. No existió D. Quijote; pero le hizo existir Cervántes, y desde entonces vive y le conoce el mundo, y conversamos con él, y le seguimos, y le encontramos retratado ó esculpido en ventas y posadas, en la desalhajada vivienda del infeliz jornalero, en el taller del laborioso artesano, en los magníficos salones del magnate, y en los venerandos alcázares de nuestros reyes. Era en efecto un grande encantador el que escribió sus hazañas y recogió sus agudísimos dichos, como que al conjuro de su mágia han nacido dos personajes que no han de morir en tanto que voltee sobre sus ejes la tierra, y no se acaben las generaciones humanas.

¡Oh! no morirá la lengua de Castilla, ni perecerá jamás la nacionalidad de España: cuenta esta con inmortal seguro por el idioma castellano, y el idioma es imperecedero desde que se intitula *la lengua de Cervántes*. Cuando por otra cosa no, si á tanto llega nuestra desgracia, se estudiará todavía en Europa la lengua de Cervántes para escuchar en su nativo idioma los sazonados coloquios del caballero de la Triste Figura,

y de su malicioso escudero. ¿Y aun se dirá que no son á propósito los españoles para la composicion de la novela? Tanto valdria asegurar que la patria de Ovidio, Horacio y Virgilio no era capaz de producir poetas, ni poemas épicos el suelo natal de Homero.

Pero si en el mundo no aparecen todos los dias capitanes como Alejandro y César, tampoco de las naciones puede exigirse que produzcan á todas horas poemas de la grandeza de la *Iliada* y *El ingenioso hidalgo*. Estrellas hay de primera magnitud en el cielo, y tambien otros más pequeños orbes, todos lucientes y hermosos, pregoneros todos de la omnipotencia y de la gloria divina. Lo mismo en el cielo de las letras humanas, mostrando de vez en cuando brillantísimas lumbreras. ¿Qué no debe en el siglo XVII la novela española á doña María de Zayas y Sotomayor, á Vicente Espinel y Luis Velez de Guevara, á Salas Barbadillo y Quevedo, á Gracian y á los diferentes ingenios de quien se tomaron los frescos, lozanos y vigorosos lizos con que fué urdida la trama de tan gentil y bien aprovechado libro como el de las *Aventuras de Gil Blas de Santillana?* Y por lo que toca al siglo actual, ¿podrémos, sin ser notoriamente injustos, desconocer el mérito de novelas tan apreciables como *El golpe en vago*, *El doncel de D. Enrique el doliente*, y *Doña Blanca de Navarra*, con otras varias que seria prolijo enumerar, leidas con interés por la multitud y aplaudidas por los doctos? Pues en esta misma sábia corporacion, á quien rindo humilde ofrenda, tienen asiento escritores juiciosos que trazaron una y otra vez prólogos justamente laudatorios para los poemas del insigne y modesto novelista que se encubre con el nombre de *Fernan Caballero*, el cual puede asegurarse que ha de pasar respetado y brillante á la imparcial posteridad. ¿Quién no se deleita leyendo la primera parte de *La gaviota?* ¿Quién leerá sin interés y contenta-

miento la intitulada *Elia*, ó *España treinta años há?* Aquellas frescas escenas de la vida del campo, con mano maestra dibujadas; aquellos diálogos tan naturales y sabrosos; aquellos caractéres trazados con tan seguro pincel, y aquel sentimiento de acendrado patriotismo que guia la siempre cristiana y española pluma, arrancarian el aplauso de los doctos, si de él necesitase quien ha obtenido ya la aprobacion y gratitud de las almas honradas y generosas.

No debo ya, Señores, abusar por más tiempo de la benévola atencion con que favoreceis á quien, no teniendo mejor ofrenda que rendiros, se engrie de ser intérprete en instante solemne de los bien nacidos sentimientos que os animan. Vosotros, que desde esta cumbre velais por la integridad y pureza del patrio idioma, que á fecundos y útiles fines encaminais los estudios por quien se aviva el entendimiento, disponiéndole á ceñir inmarcesibles lauros; vosotros, que os adelantásteis á honrar las musas pregoneras de las hazañas que nos regeneran en África; vosotros (ya me lo están diciendo esos semblantes en que el alma rebosa) abriréis concursos públicos, señalaréis eficaces recompensas, y adjudicaréis honrosos premios á los ingenios hidalgos que se ejerciten en la novela verdaderamente española, ansiosa de retratar fiel nuestras creencias, costumbres y tradiciones, y aquel honor castellano inmaculado que nos valió en todos los siglos el respeto y la estimacion de las gentes. Á vosotros está reservado que la novela vuelva á ser inofensivo deleite del ánimo, y dulce medicina que le incline á todo lo bueno y grande, á todo lo cristiano y hazañoso. La siempre verde guirnalda de encinas y seculares pinos que engalana montes y sierras, no solo purifica el aire enviando salutíferos soplos á los llanos, sino que atrae las bienhechoras lluvias del cielo, y entrega á sus líquidas corrientes vivificadores despojos vegetales, por quien

se cubren los valles de flores y de frutos. Hace más esa preciada corona; sirve de suave cárcel á la estéril arena que los montes encierran en sus entrañas, y que pugna por entregarse en brazos del huracan, y convertir la tierra en un horrible desierto. Luego que por el sórdido interés de unas cuantas cosechas de grano desaparecieron los árboles de las vecinas montañas, ¿qué fué de las deliciosas y fertilísimas llanuras del Egipto? ¿Qué será del pueblo donde los mal regidos ingenios lleven al alma aquellos espantosos arenales?

CONTESTACION

POR

EL Excmo. Sr. DUQUE DE RIVAS,

individuo de número.

Señores:

Afligido hace cinco meses por una penosísima enfermedad nerviósa, que últimamente se complicó, no sin peligro de mi vida, con otra de mas cuidado y trascendencia, me presento con suma desventaja á esta ilustre corporacion para contestar, como previene nuestro reglamento, al bello y elocuente discurso que acabais de oir en boca del señor Nocedal, que hoy toma asiento en la Real Academia Española.

Atrevimiento y grande parecerá sin duda el que en tal estado de salud me encargase de tan difícil tarea; pero al saber que el recipiendario me honraba deseando que fuese yo el Académico que contestara á su discurso de recepcion, no debia ni podia excusarme con ningun pretexto, por grande que fuese; pues era para mí una sagrada obligacion de la amistad y cariño que desde casi su niñez profeso al señor Nocedal, el manifestárselos en ocasion tan solemne, complaciéndole en un deseo que tanto me lisonjeaba. Y recomendándome á la benevolencia de mis compañeros, y esperando no me sea tampoco negada por el escogido público que me escucha, voy á cumplir con mi compromiso, desconfiando en extremo de mis fuerzas; porque cuando el cuerpo está doliente y falto de energía, doliente y falto de energía está el espíritu; y ni puede

dar lucidez á sus ideas, ni feliz coordinacion á las palabras, ni color y vida á sus pensamientos. Y estoy bien seguro de que este discurso, que por cierto será brevísimo, sabrá á *reuma*, como las últimas homilías del arzobispo de Granada sabian á *apoplejía*.

Mucho honra al señor Nocedal la modestia suma con que empieza su discurso, aunque la lleva al extremo; porque no fué tan gratuita ó inmerecida, como dice, la unánime votacion con que le nombró individuo suyo esta Real Academia, que no recompensara con ella méritos relevantes en el cultivo de la lengua castellana. Pues si bien el nuevo dignísimo Académico no ha publicado hasta ahora obras de larga extension en que lucir sus conocimientos del idioma patrio, ha hecho cumplido alarde de conocerlo á fondo en sus notables improvisaciones parlamentarias, donde abundan los giros mas castizos, las frases más correctas y la propiedad más exquisita. Y en el lenguaje hablado é improvisado es donde resaltan más claramente los conocimientos del idioma y el aprovechado manejo y estudio de los autores que en él han sobresalido. Pero no era necesario ir tan léjos para reconocer en el señor Nocedal un lucido cultivador de nuestra hermosa habla castellana; basta para ello el leer su prólogo como colector de las obras de Jovellanos y la vida de tan importante personaje. Ni viene aquí tan desprovisto como dice de blason y de escudo, habiendo traido el correctísimo y elocuente discurso que acabamos todos de oir con tan cumplida satisfaccion. No, no estará el señor Nocedal tan fuera de su sitio en la Real Academia Española, ni sin méritos suficientes viene hoy á tomar asiento en tan ilustre corporacion.

Acertadísima me parece la eleccion que ha hecho el nuevo Académico de argumento para su discurso, pues ciertamente la novela, tal como la conocemos hoy, y aunque poco cultivada

todavía en España, es sin disputa el ramo de literatura más importante y trascendental que reconoce la sociedad moderna; el ramo de literatura que ha desbancado y oscurecido á todos los demás. Pues cuando casi nadie lee un poema ó una coleccion de poesías, por buenas que sean, todo el mundo devora con avidez la novela mas insípida, mas cuajada de inverosimilitudes y mas inmoral, en que se cuentan sucesos imposibles, en que se sacan los tipos mas perfectos de pulcra virtud y de cándida inocencia, ó de la *Cour des Miracles* de los tiempos de Luis XI, ó de las encrucijadas de la *Hâlle*, de Paris, y de las casas de prostitucion de la mas inmunda canalla, y en donde una vida de torpezas y de crímenes se lava y santifica con un afecto vehemente y desinteresado, no por un padre ó por un hijo infortunado, ni por un benéfico protector, sino por un ente inmundo y despreciable, sacado con este objeto de la hez del pueblo, ó de alguna cuadrilla de malhechores. De esta prodigiosa lectura que encuentran las novelas se han apoderado, como de un eficaz y seguro medio de propaganda, las tendencias todas de este siglo de novedades, de movimiento y de discordia. Y en novelas predican su doctrina los partidos encontrados, y en novelas inculcan las más erróneas ideas, y en novelas las esparcen por la redondez de la tierra, haciendo de lo que debiera ser un entretenimiento inocente del género humano, la lectura mas peligrosa y envenenada y el mas seguro medio de corrupcion y de trastornos.

Aterrado sin duda el nuevo Académico con este espectáculo desconsolador, parece que desearia que la novela acortase su vuelo y no tomase tanta parte en el movimiento social. Yo creo que si la tomara para combatir las pasiones aviesas del siglo, para contrarestar sus tendencias desorganizadoras, y para oponerse al torrente de desmoralizacion que arrastra

la sociedad á insondables precipicios, la novela haria un gran servicio al género humano. El mal no está en que se apodere el novelista de los conocimientos modernos, ni de este espíritu de discusion que nos devora; sino en que lo haga para predicar lo malo, para empujar los instintos depravados de la época, y para esparcir doctrinas disolventes, impías y corruptoras, y en que, aprovechando el interés de una fábula artísticamente combinada y diestramente vestida con las seductoras galas del ingenio, ataque la familia, disculpe, si no enaltezca el adulterio, y se empeñe en probar que en la humanidad no hay mas que materia é instintos, que la verdadera religion está en el corazon del hombre sin necesidad de la revelacion, é inspire á las clases menesterosas donde coloca todas las virtudes, odio mortal contra las acomodadas, en donde establece todos los vicios, preparando abundante cosecha de frutos de maldicion.

Si posible fuera seguir eslabon tras eslabon la misteriosa cadena de las impresiones, de los sentimientos y de las ideas que van poco á poco pervirtiendo el espíritu hasta hacer al hombre capaz de cometer grandes delitos, que al fin y al cabo concibe y perpetra, ¡de cuántas iniquidades no podria hacerse responsables á los novelistas franceses! ¡Cuántos infelices no han precipitado á la corriente del Sena con el mayor de todos los crímenes, con el único acaso en que naufraga el espíritu, sin encontrar la salvadora tabla del arrepentimiento! ¿Quién infiltró en las masas los deletéreos principios del socialismo y de la democracia, que estallaron, como la lava de los volcanes, en medio de la revolucion del 48, conmoviendo todos los tronos de Europa? No diré ciertamente que los novelistas fuesen solo los autores de esos males; pero ¿quién duda que la novela penetra allá donde no llegan las discusiones de partido ni las polémicas de periódico? Las

mujeres, estos ángeles de la tierra que tan poderoso ascendiente ejercen en el corazon del hombre, en su mayor número no leen periódicos políticos, ni asisten á lides parlamentarias; pero la novela es otra cosa; es su lectura favorita, es el encanto de su imaginacion, es el embeleso de sus potencias. ¿Qué costurera de Paris no odia á los Jesuitas porque ha leido el *Judío errante?* ¿Qué cortesana no admira á Ninnon de Lanclos como tipo perfecto de hermosura física y moral, y las orgías de la Regencia como el mas vivo y deleitoso entretenimiento á que puede dedicarse la vida? ¡Ah! Los propagadores de la mala semilla han calculado bien: las mujeres tienen la razon mas flaca y el corazon mas impresionable; pero sus medios de persuasion son poderosos. Eva convenció á Adan de que debia comer de la fruta vedada; hagamos nosotros, dijeron, de las Evas actuales, misioneros indirectos de nuestras satánicas doctrinas. Sirvámosles, pues, la hiel de nuestras almas en tallada copa de cristal y de oro. Las mujeres gustan de relumbron, y la belleza de la forma hechiza sus ojos; al fin beberán; el gérmen del mal se desarrollará en sus desprevenidos corazones, y los hombres comerán del fruto prohibido.

Pero la novela en absoluto no es buena ni mala. Es una poderosa palanca, que, segun las manos que la empleen, puede empujar á la sociedad al cielo de la dicha ó al abismo de la desgracia. El mal no está en que el novelista haga suyas las ciencias políticas y morales en el progreso del espíritu humano; sino en que se valga de todos estos auxiliares para engañar, pervertir, perder á los que ciegamente se entregan á su lectura: crímen que la sociedad debiera castigar severamente. Estos mismos conocimientos, estos mismos adelantos del siglo, manejados por autores de buena fe, de verdadero amor á la humanidad, de intenciones juiciosas, ¡cuánto avaloran los escritos de Bernardino de Saint Pierre, del car-

denal Wisman, de nuestro Fernan Caballero, de Chateaubriand, del humorístico Bulwer, y de tantos insignes novelistas que, en lugar de pervertir con sus escritos á los hombres y de preparar espantosas revoluciones, se han aprovechado de los conocimientos de su siglo para inculcar la verdad y proporcionar saludable instruccion y provechoso pasatiempo á sus semejantes! Y así lo hizo el inmortal Cervántes, en cuya obra imperecedera hace alarde de saber cuanto se sabia en su tiempo; impugnando, aunque de pasada, los errores que entonces corrian, é inculcando las máximas más sanas de honra, de piedad, de respeto á la autoridad pública, y de moral cristiana la mas acendrada y pura. No, no puede el novelista menos de ser el reflejo de la sociedad en que vive y para quien escribe.

¡Ah! Yo quisiera tambien que volviesen aquellos tiempos inocentes en que los altos problemas filosóficos, económicos, políticos y sociales, eran exclusivamente patrimonio de las personas graves y sesudas, que á ellos despues de largas meditaciones y estudios se dedicaban. Pero este afan de los modernos escritores de dar importancia á sus tareas, convirtiendo la amena literatura que cultivan, con éxito ó sin él, en trascendental y dogmática, tiene su explicacion en los tiempos que corremos, y responden perfectamente á la fatal necesidad, necesidad febril, de pasto filosófico y social que acosa á los pueblos con la tribuna, el club y el periodismo. La ignorancia de las masas se encuentra á cada paso sorprendida por cuestiones que solo deben estar al alcance de personas muy ilustradas; y esas cuestiones, vulgarizadas hasta envilecerlas, manoseadas hasta ensuciarlas, y debatidas en las plazas, en los cafés y hasta en las tabernas, caen de suyo en la pluma de los escritores que pintan las costumbres sin discrecion y que buscan la popularidad en la moda.

Este desbordamiento literario, como todos los acontecimientos humanos, tiene su aplicacion y su genealogía. Nació el siglo pasado al calor de una filosofía frívola, apasionada é impía, en novelas obscenas, en invectivas encarnizadas contra el clero y el Pontificado, y en calumniosas disertaciones que atacaban las domésticas costumbres de nuestros padres; y creciendo el encono á lo pasado con las tormentas revolucionarias, y con los escritos filosóficos de los incrédulos, y con las doctrinas demoledoras de los políticos, se convirtió la novela en un formidable ariete que combate la sociedad en su organizacion, en su forma, en su conjunto, y propagó rápidamente todas las infernales semillas que están fructificando en el inmundo cieno de todas las naciones de la tierra, y que tienen en dolorosa convulsion al universo.

Si de estos abortos de la filosofía y de la literatura que llaman novelas socialistas, volvemos los ojos á las históricas, no podrémos menos de conocer que requieren particulares condiciones, sin las cuales tambien son dañinas, si no porque pervierten el corazon, porque desfiguran la historia y esparcen ideas completamente falsas sobre los hombres que describen y sobre los países de que tratan. ¿Hay, en verdad, nada mas ridículo que las novelas de la Calprenede, en que da á los griegos del tiempo de la guerra de Troya las pasiones, las costumbres, los trajes de los tiempos de la caballería; y en que hay damas y galanes que discretean, y pajes, y citas, y desafíos, y divisas, y dueñas, con todo lo demás que se lee en los catorce tomos de la *Casandra?* ¿Hay nada más falso, más de convencion, que la *Clelia* de Mad. Scudery? Pues ambas obras presumen de romances históricos, como cuantos disparates se han escrito de Carlo Magno, de su corte y de sus doce pares. Si no tan léjos de la verdad y sin engolfarse en lo puramente ideal y muy á

menudo en lo extravagante, como acontece á la Calprenede y Mad. Scudery, de los modernos autores franceses que han cultivado el romance histórico puede decirse que se apoderan de los personajes para achicarlos las mas veces, y para falsearlos siempre; evocándolos solo para hacerles representar aventuras galantes, sin cuidarse de las costumbres del siglo en que vivieron, ni del estado social de la época en que figuraron; prestándoles nuestra fisonomía, nuestras pasiones, nuestras ideas, son un verdadero anacronismo; y desfigurando la historia é induciendo errores gravísimos á los lectores incautos, la novela histórica se hace tan mala como la socialista, y es una verdadera calumnia; dando, verbi gracia, á Margarita de Navarra amantes que nunca tuvo, y asegurando que Luis XIV fué hijo de Mazarino, ó que el cardenal de Rhoan atesoraba barras de oro elaboradas por el alquimista Bálsamo. El romance histórico, que debe ser una explanacion de la historia, es en tales plumas una falsificacion completa de ella.

No quiere esto decir que la novela histórica deba tener la veracidad de la crónica, no; ni que sea la exacta representacion de los sucesos; pero sí que al fingirlos el novelista se amolde estrictamente al carácter, posicion y tendencias del personaje histórico que evoca y que reproduce, y que á uno del siglo x no le haga pensar, hablar ni obrar como se pensaba, hablaba y obraba en el siglo xviii, ó como se piensa, obra y habla en nuestros dias. Y aun cuando los protagonistas de la novela sean fantásticos é inventados por el poeta, debe observarse esta regla, y cuidar esmeradamente de pintar tal cual fué la época en que se les coloca.

Walter Scott, el inmortal Walter Scott, padre verdadero del romance histórico, es tan eminente en conservar la índole de sus personajes y en pintar la escena y el tiempo en que

los coloca, que he oido decir varias veces al ilustradísimo inglés Mr. H. Frére que no habia nunca comprendido bastante la historia de Escocia hasta que leyó las novelas de Walter Scott. Este gran escritor, modelo único en el importante género de los romances históricos, muy á menudo presenta como protagonistas personajes de su invencion, y hasta personas oscuras y de ninguna importancia; pero les da una vida tan verdadera, los rodea de figuras tan conocidas, y los hace moverse en una escena tan exactamente ajustada á la verdad histórica, que el lector se encuentra trasportado á los lugares en que ocurren los sucesos, y ve, y oye, y trata á las personas, y vive con ellas como su contemporáneo.

Raro es en verdad, como observa juiciosamente el señor Nocedal, que en España, donde tanta disposicion hay para la novela, no se haya cultivado ni se cultive este género de literatura. Nuestro antiguo teatro es todo él un semillero inagotable de novelas, y las obras de Lope, Calderon y demás poetas dramáticos, prez, honra y gloria de nuestra patria literatura, encierran los más preciosos é interesantes argumentos de excelentísimas novelas. Es verdad que el drama, no el drama clásico compaseado y frio, y seco y estirado, sino el drama producto del ingenio y no de las reglas arbitrarias de los preceptistas, es hermano mellizo de la novela. Esta se encuentra siempre donde hay caractéres, pasiones, intriga y diálogo. Es verdad que varía la forma, que las obras representables caminan con mas rapidez, faltando en ellas las descripciones; pero el fondo es siempre el mismo, y el ingenio que fragua un buen drama, fraguada tiene en él una buena novela.

Y la novela se ha cultivado en España por grandes ingenios, aunque no sé por qué casi todos se dedicaron desde muy antiguo al género picaresco: y acaso esto le ha cortado el

vuelo, envileciéndola desde su orígen. En nuestros dias es cierto que se han hecho felices tentativas en este género; pero no se ha conseguido darle impulso, ni empujar á su cultivo á los ingeniosos escritores, que no faltan entre nosotros. Lo mismo que en España sucede en Italia, donde el admirable romance del ilustre Manzoni, que no teme el cotejo con los de Walter Scott, no ha encontrado imitadores. Los tiempos de griegos y romanos eran tiempos épicos, y el poema suple á la novela. Y sin embargo, la *Odisea* es una verdadera novela, y la *Ciropedia* de Jenofonte es un verdadero romance histórico. Despues, en tiempos mas modernos, novelas pueden llamarse los diálogos de Luciano y las obras de Apuleyo.

Aun para estos ligerísimos apuntes, que así deben llamarse mas bien que dircurso, he tenido que hacer un esfuerzo sobre mi quebrantada naturaleza. Mano que embarga el dolor, no puede manejar la pluma. Tales como son, sirvan ellos de prueba de estimacion y amistad al señor Nocedal, si no de contestacion al excelente discurso en que tan lucida muestra nos ha dado de su saber y de su elocuencia. Mis fuerzas desfallecen, y me veo en la necesidad de concluir, no sin felicitar antes á la Academia Española por la importante adquisicion que hoy hace dando entrada en su seno á un individuo tan apto para coadyuvar á los trabajos literarios que continuamente ocupan á esta ilustre corporacion.

